

## GRISELDA Y GUATERO.



### NUEVA RELACION

de la peregrina historia de esta pastorelta y de cómo el marqués Gualtero trató su ensayamiento con ella y salió el más singular ejemplo de la obediencia que deben tener las mujeres casadas a sus maridos.

#### PRIMERA PARTE.

Atiéndame el auditorio  
mientras con dulces palabras  
y muy suaves acentos  
aquesta historia se canta.  
Préstennme todos silencio  
con benevolencia grata,  
para poder comprender  
lo que mi lengua relata.  
Atiéndame, pero es fuerza,  
que en cualquier obra que se haga,  
se ponga un buen fundamento  
para que salga acertada.  
Y así el auxilio imploramos  
de la Virgen Soberana,  
que con tan luciente Estrella  
mi musa, aunque muy turbada,  
cobrando aliento, dará  
principio a esta historia rara.  
— noble

un gran marqués en Italia,  
dueño de muchos lugares,  
que Gualtero se llamaba;  
en su trato muy afable  
y de condición muy llana.  
Era el tal marqués soltero,  
y aficionado á la caza  
de tal modo, que por ella  
toda diversion dejaba.  
En esto se entretenia,  
y por vivir á sus anchas  
no deliberó el casarse.  
Pero como de tan clara  
sangre su casa venia,  
porque sucesion dejara,  
deseaban sus vasallos  
ver si su señor gustaba  
en elegir nuevo estado  
Dispusieron que llegara

el que mas de su cariño  
fuese, y del caso le hablara,  
y de esta manera estaria  
su intencion declarada.

Al punto lo ejecutaron:  
fué uno de ellos y lo llama  
aparte, y así le dice:  
gran señor, cierto me holgara  
que tomara mis consejos.  
Bien sabes que á la tirana,  
azote de los mortales,  
somos, porque Dios lo manda,  
sujetos, y puede ser  
que al golpe de su guadaña,  
el dia mas descuidado  
rindas tu vida á la parca.

Y pues tenemos, señor,  
de sangre tan sublimada,  
todos fuéramos gustosos,  
gran señor, que te casaras,  
por lograr un sucesor  
que cual vos nos gobernara.

Prudente el marqués responde  
estas siguientes palabras:

que sea yo desposado,  
contra mi gusto se haga;  
mas ya que tal intentais,  
en lo que digo repara:  
que la que eligiere esposa,  
bien sea noble ó villana,  
ahora ni en ningun tiempo  
la habeis de negar la cara,  
pues debe ser como señora  
de todos ser respetada:  
en ti les respondo á todos,  
ve, dices las circunstancias.

El mensajero responde  
con razones muy urbanas:  
ahora, yo soy señor,  
el que empeña su palabra  
por todos los de la corte.

La condicion otorgada,  
el marqués le prometió  
de darles gusto sin falta.  
Cerca del palacio habia  
unas aldeas que estaban  
como cosa de dos tiros  
distantes de las murallas:  
y cuando con los monteros

solia salir á caza  
el marqués algunas tardes  
aquel sitio frecuentaba,  
y habia puesto los ojos  
en cierta honesta muchacha,  
que en una de estas aldeas  
tenia albergue y morada,  
hija de un labrador pobre  
que Janiculo llamaban,  
tan bizarra y tan hermosa,  
que era otra segunda Palas.  
Griselda, que este era el nombre  
de esta hermosa muchacha,  
humilde unas ovejuelas  
de su padre apacentaba,  
y para no perder tiempo  
cuidadosa de su casa,  
mientras pacia el ganado,  
con su rueca hilando andaba.

Vióla el marqués muchas veces,  
y aficionado á su gala  
dispuso casar con ella;  
dió á sus vasalios con llana  
voluntad, citado el dia,  
para que se divulgara  
el festivo desposorio  
de su señor, y fué tanta  
la alegría que tuvieron,  
que cada cual deseaba  
aquel dia tan dichoso:  
pero todos ignoraban  
quien pudiese ser la novia.

Y mientras que se pasaba  
aquel limitado tiempo,  
á medida de otra dama  
de talle como Griselda,  
bizo Gualtero las galas  
y adornos de una princesa  
con joyas muy sublimadas.  
Llegó el dia, convocóse  
toda su noble comarca,  
y en magníficas carrozas  
siguen á Gualtero y pasan  
á aquel sitio que antes dije.  
A este tiempo que llegabas,  
Griselda tambien venia  
con un cántaro de agua,  
y dejándolo de prisa,  
salió con otras muchachas

á ver del marqués la novia,  
y Gualtero con palabras  
halagüeñas, por su nombre  
llamándola, así la habla:  
Griselda, ¿dó está tu padre?  
y Griselda con voz baja  
le responde: señor mio,  
mi padre está dentro en casa.  
Apeóse el caballero,  
y dijo á los que llevaba,  
que un poco se detuviesen,  
que saldría sin tardanza.  
Entró solo allí dentro,  
donde el padre se encontraba  
de Griselda, y le saluda,  
y de esta suerte le habla:  
Janículo, muy bien sabes  
que eres mi vasallo, y tanta  
voluntad tengo á tu hija,  
que dispongo de tomarla  
por esposa, si es tu gusto;  
mas juzgo que repugnancia  
no habrá alguna; puesto que eres  
dichoso en esta embajada,  
tu respuesta espero ahora.  
Y con vergüenza sobrada  
Janículo le responde:  
señor, no merezco nada,  
mas si gustais de este empleo,  
vuestra voluntad se haga.  
Llámalá al punto, le dice,  
que quiero hablar dos palabras  
con ella, á ver si es gustosa;  
y Janículo la llama.  
Vino Griselda corriendo  
á ver lo que le mandaba  
su padre, y el caballero  
la dice: Griselda amada,  
¿tú gustas de ser mi esposa?  
Y ella responde turbada:  
señor mio, ¿yo tu esposa?  
no gastes conmigo chanzas,  
que soy pobre, y diferentes  
son tu palacio y mi casa.  
Conoció en esto Gualtero  
que ella se consideraba

indigna de un tal empleo,  
y la dice estas palabras:  
dame, ¿tú serás constante  
en todo cuanto yo haga?  
Y ella respondió: señor,  
si de improviso mandaras  
que me quitasen la vida  
con la pena mas amarga  
que bárbaros intentasen,  
no romperé mi constancia.  
Bastante has dicho con eso,  
dijo; y al instante manda,  
á dos dueñas que traia,  
que la ropa que llevaba  
la quitasen, y vistiesen  
de aquellas costosas galas  
que traian prevenidas.  
Y muy en breve la saca,  
ataviada y compuesta  
á la puerta, y en voz alta  
dijo: esta es mi consorte,  
esta es la que destinada  
tengo ya hace mucho tiempo  
para ser mi esposa amada.  
Esto que todos oyeron,  
los sombreros y las capas  
por los aires se estendian,  
con vítores y alabanzas,  
pues su señor les cumplia  
el gusto que deseaban.  
A Griselda la pusieron  
en un coche y luego marchan  
á la ciudad diligentes,  
en donde alegre se casa  
el marqués. Pero ¡qué gozo!  
¡qué júbilo! ¡qué albanzas!  
¡qué placeres! ¡qué alegrías!  
¡qué toros, juegos de cañas!  
¡qué comedias! ¡qué deleites  
por la corte celebraban!  
Quedo pues en la alegría  
aquesta primera plana,  
que en la segunda prometo,  
de penas, aunque calladas,  
darle á mi auditorio atento  
una noticia muy larga.

SEGUNDA PARTE.

Dejo aparte la alegría  
de los cuatro años primeros  
de su feliz matrimonio,  
y vamos ahora de nuevo  
á referir los pesares.  
A los dos años tuvieron  
una hija, que en belleza  
quita al sol sus rayos bellos.  
Crió Griselda la niña  
con cariño de sus pechos  
por espacio de dos años,  
y al cabo quiso Gualtero  
probar la fina constancia  
de su esposa, y muy severo,  
entró al cuarto donde estaba,  
de esta manera diciendo:  
te acordarás, Griselda,  
de tu ya pasado tiempo,  
cuando viniste á mi casa,  
y de aquel ofrecimiento  
que delante de tu padre  
me hiciste, que en ningún tiempo  
me habías de dar disgusto:  
y así has de tener por cierto  
que de nuestro matrimonio  
hubo muchos descontentos,  
y despues de haber parido,  
mas disgustados los veo,  
porque dicen que no quieren  
sujetarse á los respetos  
de tu hija, que aunque sea  
hija de un señor tan bueno,  
nieta es tambien de un villano  
como es Janículo: creo  
lo tendrás bien en memoria;  
y así tengo ya dispuesto,  
por la concordia y la paz  
de mis vasallos, que luego  
salga tu hija de casa,  
y esto ha de ser al momento.  
A que respondió Griselda,  
sin muestra de sentimiento  
señor, de mí y de mi hija  
sois vos el perpétuo dueño:  
haz, dispon, manda y ordena  
que yo siempre á tu precepto

estoy firme y muy dispuesta.  
Al punto mandó Gualtero  
á un criado que llegase,  
y la infanta con despejo  
quite á su madre, y la saque  
de su presencia al momento.  
Fué el criado diligente,  
entróse en el aposento,  
y viéndole la señora,  
pensó su intencion, y luego  
tomó en brazos á la niña,  
y la persignó diciendo:  
Dios te libre de desgracia;  
en el rostro la dió un beso,  
y al criado se la entrega,  
quien salió del aposento.  
Fué el criado donde esta ha  
su amo, y dispuso luego,  
la llevasen á Bolonia,  
donde tenia Gualtero  
una hermana, que casada  
era con un caballero  
llamado el conde Panicio:  
y encargó que con secreto  
á su hija la criasen  
con aquellos documentos  
que entre los nobles se usan  
en la educacion, mas de esto  
nada sabia Griselda,  
pues iba con tal silencio,  
que aun de si era muerta ó viva  
no le dió cuenta Gualtero.  
Y cuando fué Dios servido,  
un bello infante tuvieron,  
hermoso á las maravillas,  
y con los mismos cortejos,  
que la infanta, fué aplaudido,  
pero cuando llegó el tiempo  
de poder ya destetarlo,  
con otra industria, Gualtero,  
la constancia de su esposa  
quiso probarla de nuevo,  
Entró donde estaba sola,  
y como quien de veneno  
está encendido, la dice:  
quitar ese niño quiero

de mi presencia, pues ambos  
sois el primer fundamento  
de mi pundonor perdido,  
y muchos estar sujetos  
á mi persona rehusan,  
y á tu hijo por lo menos  
en ningun tiempo darán  
de hijo de marqués respeto;  
salga, pues, luego de casa.  
Y con semblante risueño  
dijo Griselda: señor,  
ya os dije que mi deseo  
y mi mayor alegría  
es daros gusto completo,  
en todo, y así mandad  
lo que tuviérais dispuesto,  
que todo cuanto á vos plazca  
me place á mí, pues no temo  
perder á otro sino á vos.  
Estas palabras oyendo,  
se salió y llamó al criado  
diciéndole, que al momento  
vaya y le quite el infante  
de los brazos, ¡qué tormento!  
Fué el criado y la señora  
persignando al niño bello,  
lo besó, no sin gran pena,  
aunque festivo y sereno  
manifestaba el semblante.  
Dió al criado el niño tierno,  
del aposento se sale,  
y en las manos de Gualtero  
se lo entrega, el cual lo envía  
á Bolonia con el mismo  
encargo, que le criase  
sa cuñado con secreto.  
Pasáronse algunos años,  
que sin sus dos hijos bellos  
la triste Griselda estaba,  
pero ningun sentimiento  
en su rostro conocian,  
y aunque alguna vez Gualtero  
se los nombraba, por ver  
si ella haria algun estremo  
ó demostraba la pena,  
jamás consiguió su intento.  
Luego despues un rumor  
se suscitó por el reino,  
pues decian del marqués

que estaba muy descontento  
de su desigual estado  
de su matrimonio, y por eso  
ocultaba á sus dos hijos,  
que nadie sabia de ellos.  
Y de allí á muy pocos dias  
otras noticias se oyeron  
por la córte; que el marqués  
al Papa envió un pliego,  
para ver si repudiando  
a esposa que le dió el cielo  
podria casar con otra  
por la quietud y sosiego  
de su familia y vasallos.  
No tardó en tomar mas cuerpo  
la noticia, pues decian  
que el despacho habia vuelto  
dispensado, y permitia  
el Pontífice supremo,  
casase el marqués con otra.  
Tales noticias corriendo,  
empezóse á divulgar,  
y se presijaba el tiempo  
cuando vendria la novia  
del marqués, y con acuerdo,  
le remitió con sigilo  
unos renglones Gualtero  
á Penicio, que mandase  
sus dos hijos al momento,  
señalando el dia fijo,  
por lograr mejor su intento.  
Por fin un dia el marqués,  
estando todo el congreso  
convocado, hizo llamasen  
á Griselda, y con severo  
semblante, de aquesta forma  
la dijo: tened por cierto,  
esposa mia, que el mundo  
da muchas vueltas; por eso  
á muy pocos es constante  
la fortuna, porque vemos  
cada dia que un señor  
de noble sangre y dinero,  
vestido de mucha pompa,  
de la fortuna á un tropezó,  
se sujeta y avasalla  
á ser un humilde siervo.  
Y pues licencia del Papa  
para repudiarte tengo,

y mi nueva esposa vieno  
 tú has de salir sin remedio  
 de palacio y entregarle  
 á la que venga tu empleo;  
 y mas no te has de llover  
 de mi palacio, que el mesmo  
 dote que tu me trajiste.  
 Estas palabras oyendo,  
 dijo Griselda: señor,  
 cuando desnuda algun tiempo  
 de mis vestidos humildes  
 vestí los preciosos vuestros,  
 me despojé de ser dueña  
 de mí misma, y con contento  
 me vestí de la humildad  
 para con vos, á quien debo  
 tantas finezas, y siempre  
 con humilde rendimiento  
 por la mas dichosa viuda

me tendré de aqueste reino  
 por haber logrado ser  
 esposa de tan buen dueño.  
 Solo te pido y suplico,  
 para que vaya cubierto  
 este vientre que engendró  
 á mis dos hijos y vuestros,  
 me dejéis esta camisa  
 para salir por el pueblo,  
 hasta llegar á la casa  
 de mi padre. Y no pudiendo  
 Guallero de enternecido  
 contener su sentimiento,  
 con lágrimas en los ojos  
 le volvió el rostro diciendo:  
 llévate la, y apartóse  
 de su vista. Aquí, pues, dejo  
 la historia, y en otra parte  
 daré fin á este suceso.

TERCERA PARTE.

Ya dijo con qué despego,  
 con qué especie de ignominia,  
 quedó la triste Griselda  
 de su esposo despedida,  
 desnuda de los vestidos  
 con que sus carnes cubria;  
 de pié y de piernas descalza  
 de palacio se salia,  
 mas no sola, que llevaba  
 tantos en su compañía,  
 que de toda aquella corte  
 el concurso mayor iba.  
 Amargamente lloraban  
 todos cuantos la veian,  
 ella á todos consolaba,  
 y de esta suerte decia:  
 no lloreis, pues yo no pierdo  
 que en pobreza y desnudez  
 pasé la flor de mi vida,  
 y si tuve esa ventura,  
 la Providencia divina  
 me la dió para que ahora  
 me sirva de mas fatiga.  
 No siento perder las grandes  
 riquezas que poseia;  
 solo siento el ausentarme

del esposo de mi vida.  
 Este dolor me atribula,  
 esta pena me fatiga;  
 esta congoja me ofende,  
 y esta afliccion me contrista.  
 Con las palabras que hablaba  
 las piedras enternecia  
 y al murmullo que formaban  
 los que en su compañía iban  
 de sollozos y suspiros,  
 ayes que al viento esparcian,  
 por las calles que pasaban,  
 á las ventanas salian  
 acompañando en el llanto.  
 Llegó por fin la noticia  
 al padre, que salió en breve  
 á recibir á su hija.  
 Viendo que en tan deshonesto  
 traje entre el tumulto iba,  
 llegó á ella, y con penosas  
 ansias la dijo: hija mia,  
 no te aflijas, pues yo tengo  
 en un rincon escondida  
 la ropa que te quitaste,  
 cuando de gala vestida  
 te saliste de mi casa

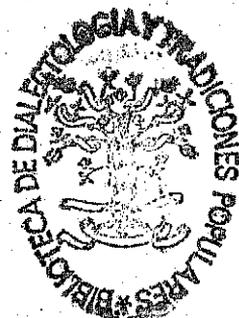
con contento y alegría,  
para ser feliz esposa  
del marqués, que tu desdicha  
sola esa fué. Y ella dijo:  
padre mio de mi vida,  
no fui yo la desdichada,  
que quien tuvo la desdicha  
fué mi esposo, que casóse,  
con una que no valia  
tanto como él; esa fué  
mi fortuna y su desdicha.  
Y para aliviar su pena,  
no obstante de que yo viva,  
permite el Papa otra esposa  
á mi esposo, porque sirva  
de paz y quietud á todos.  
Yo vengo con alegría  
á vuestra casa, señor,  
para volver á la vida  
como fueron sus principios,  
entre pobreza metida.  
Llevóse el padre á casa,  
y de humilde pastorcita  
tomó otra vez el vestido.  
Pasados algunos dias,  
envió el marqués Gualtero,  
á la aldea referida  
un paje, y dijo á Griselda  
que esté en palacio á otro dia  
de mañana, porque importa.  
Viendo nueva tan precisa,  
dió el sí, y el mensajero  
para palacio volvia.  
Fué Griselda y á su esposo,  
cuando presente le mira,  
con humildad cariñosa  
de esta suerte le decia:  
mandadme, esposo y señor,  
en que humillada te sirva,  
que mi gusto es complacerte.  
Dijo Gualtero: pues mira,  
mañana viene mi esposa,  
con toda su comitiva;  
tú has de disponer las mesas  
para la boda lucida.  
Hízolo con humildad;  
¡quién del caso no se admiró!  
A otro dia de mañana  
llegó la gran comitiva

con la novia del marqués.  
Salió pues á recibirla  
aquel Job en la paciencia,  
y dióla la bien venida,  
como los demas, alegre.  
¡Oh pasmosa maravilla!  
Sentáronse á comer,  
y ella á la mesa servia,  
donde fueron asistidos  
con la ostentacion debida.  
Y habiendo dado á Dios gracias,  
dijo el marqués que queria  
hacer allí unas preguntas,  
que no dejasen sus sillas.  
Llamó entonces á Griselda,  
y amoroso la decia:  
Griselda, ¿qué te parece  
de mi esposa? ¿no es muy linda?  
¿no es agraciada, no es bella  
su perfeccion y no es cifra  
de la hermosura su cuerpo?  
Y ella entonces de rodillas  
dijo delante de todos:  
señor, juzgo que en mi vida,  
no he visto ni espero ver  
ni el claro sol que registr  
con sus reflejos lucientes  
desde su esfera lucida  
tode el contorno del mundo,  
juzgo que no tendrá vista  
otra copia semejante  
á mi señora, y permita  
su Majestad que os goceis  
en amable compañía  
muchos años, y despues  
al partir de aquesta vida,  
goceis en la eterna gloria  
las celestiales delicias.  
Viendo la humildad tan grande,  
tan singular y crecida  
de su esposa, levantóse,  
y abrazándola decia,  
vertiendo sus ojos perlas  
que por la mesa corrian:  
de tu gran lealtad, Griselda,  
hartas pruebas tengo vistas,  
y no deseo ver mas;  
tú eres sola la querida,  
tú eres sola la estimada,

que la que presente miras  
y la tienes por esposa,  
es nuestra querida hija,  
y nuestro hijo el mancebo  
que por cuñado tenias.  
Con que cuanto imaginabas  
tener perdido, este dia  
lo recuperaste junto.  
Vuelva en placer la fatiga  
vuelva en gozo la tristeza;  
y ahora, esposa querida,  
perdon te pido, de haberte  
hecho tantas ignominias.  
Y sepan cuantos pensaban  
que á mi esposa pretendia  
arrojarla de mi casa,  
y aborrecido la habia,  
que es engañosa su idea,  
pues si fué una accion impia  
mostrar con ella despego,  
fué alarde con que queria  
acrisolar su constancia,  
y pues la tengo ya vista,  
perdon delante de todos  
pido á mi esposa ofendida.  
A mis hijos oculté  
privándome de su vista.  
y las amargas noticias  
para mi querida esposa,  
que por la corte corrian,  
yo las fingí y nadie tiene  
de esto culpa, toda es mia.  
¡Ay cielos! no hallo palabras  
con qué explicar la alegría

que todos los de la corte  
tuvieron en este dia.  
A los padres de Griselda,  
llevaron con escesiva  
pompa y grandeza á palacio,  
donde hicieron esquisitas  
fiestas, saraos, comedias,  
y despues de concluidas,  
todos quedaron en paz,  
y en conformidad unida.  
Ea, señoras mujeres,  
pues os presento á la vista  
este espejo de Griselda,  
tomad de él ejemplar vida.  
No es decir que los hombres  
á fuerza de la codicia  
de ser dueños, se adelantan  
á querer ser homicidas;  
que fué la mujer primera  
formada de una costilla,  
para darnos á entender  
la inmensa Sabiduria,  
que la mujer no es cabeza,  
sino amable compañia,  
pues de cerca el corazón  
fué la materia escogida  
para formarla, y así  
debe ser muy escesiva  
la paz y union entre ambos,  
siempre tan de asiento fija  
como la ley de Dios manda  
y la Iglesia nos avisa.  
Y aquí el perdon de sus faltas  
pide mi pluma rendida.

FIN.



MADRID.—Despacho : Sucesores de Hernando, Arenal, 11.